



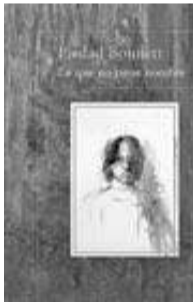
Piedad Bonnett.

mudecer?; ¿para qué este libro? Si el sufrimiento da derechos, los de escritura estarían aquí asegurados. Y, aun así, «da el derecho, sí, pero me pregunto por qué lo hago. Quizá (...) porque narrar equivale a distanciar, a dar perspectiva y sentido. Porque contando mi historia tal vez cuento muchas otras». Pero la pregunta es, al fin, la misma de toda palabra que se atreve a interrumpir el silencio; la incógnita de la propia vida pese a todo, pese a la puñetera nada: «Porque a pesar de todo, de mi confusión y mi desaliento, todavía tengo fe en las palabras» (página 126).

Distinto es hablar de la función del libro para los lectores: es árido, desabrido, no da descansos ni recompensas, ni siquiera la que Bonnett supone en los acongojados asistentes al funeral de su hijo, saber que el muerto es otro: «El estremecimiento agradecido de los sobrevivientes» (página 42). La función de la literatura no llega a ser aquí terapéutica ni mitridática: ni la ilusa sanación catártica ni la inútil prevención homeopática. Qué, entonces. Qui-

zás algo que nos llega de muy lejos y dentro, del clan que se presenta en un hogar dispuesto a asumir el peso de un dolor ilógico; para alzarlo a sus dioses con una oscura serenidad.

Una crónica descarnada, más próxima al notarial Del Molino, a la sociobiografía de una Annie Ernaux citada aquí como modelo, o al testimonio de un John Berger, un Abad Faciolince, un Julián Herbert, que a la lírica profiláctica de Francisco Umbral en *Mortal y rosa*, en toda su sencilla enormidad. Un último rasgo emparenta la escritura de Bonnett y Del Molino: su premeditación y contención cedan en unas últimas líneas de torpe, humano, desborde emocional, que leo como un punto de fuga muy lejos de la literatura: al espacio donde, si pudieran, estas palabras vuelven a hablar sólo y a solas a sus hijos; reviviéndolos para siempre ahí, llamándonos luego a nosotros de testigos fiduciaros del milagro. Aunque al final sólo quede un grito ahogado; tan elocuente en su última mudez.



Lo que no tiene nombre

PIEDAD BONNETT
ALFAGUARA
136 PÁGINAS

bras vuelven a hablar sólo y a solas a sus hijos; reviviéndolos para siempre ahí, llamándonos luego a nosotros de testigos fiduciaros del milagro. Aunque al final sólo quede un grito ahogado; tan elocuente en su última mudez.

Nunca abandonarás esta ciudad

La escritura notarial y descriptiva de Luisgé Martín



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Forma por edad Luisgé Martín (Madrid, 1962) en las filas de los novelistas que no narran la Gran Estafa que sufre una generación (que es lo que hacen bastantes de los nacidos en los setenta: sea a línea dura, sea con sarcasmo), sino que ya han pasado al estado siguiente, al de que no hay escapatoria. Al menos, así ocurre en *La misma ciudad*, donde el protagonista Brandon Moy le cuenta al

autor (que se autocita: página 50 y otras) en Madrid cómo ha ido su vida cayendo en barrena desde que llegara tarde al trabajo —abogado neoyorquino de éxito— en las Torres Gemelas aquel 11-S, lo que lo libera de la catástrofe y le da la oportunidad con que tantos sueñan: ser otro, darse por desaparecido entre las ruinas, comprarse por internet otra identidad, abandonar mujer, hijo y vida social, cumplir sueños, sin

saber entonces lo que ya advertía el poema de Cavafis que se cita en la página 79: «No existen para ti otras tierras, otros mares. / Esta ciudad irá donde tú vayas».

Nuestro héroe quiere ser Albert Fergus o quiere ser como Albert Fergus, un antiguo compañero al que encuentra tiempo antes del atentado y del que envidia su aparente vivir la vida en libertad (hay sorpresa final: Fergus aparecerá en la última página de la novela cuando ya casi el lector se había olvidado de él). De modo que «Moy pasó varios años haciendo esa refutación de sus propios instintos: creyendo que había un paraíso

perdido que debía buscar —el de Albert Fergus, el de su juventud— y presintiendo que ya era tarde para hacerlo». Vagabundea por los EE UU, trabaja de camarero o donde caiga, se convierte en poeta de éxito, en abogado de causas nobles y solidarias en Sudamérica (acaba estafado también: no podía ser de otra forma), bebe hasta la extenuación, usa las demás drogas, explora todas las variedades del sexo... Nada: «Todo lo que sucedió después, incluso su vida en Madrid, fue una consumación exuberante de lo que había imaginado que debía hacer, no de lo que en realidad deseaba». Una subida a la libertad de ser otro, de no escribir los mismos errores en la vida, pero, en definitiva, un descenso al infierno: «A las serpientes, cuando mudan la piel, les aparece debajo otra igual, con el mismo dibujo y la misma cutícula pegajosa y fría. No podrían vivir, aunque lo desearan, con la piel de un ciervo o con las plumas de un águila».

La escritura de Luisgé Martín la encuentro anestilizada (perdonen la palabra: y no es un rechazo), notarial, descriptiva. No se trata en *La misma ciudad* de contar amaneceres, describir flora y fauna, hacer costumbrismo. Se trata de seguir el hilo de la caída cuando se busca mal porque, acaso, no haya nada que buscar. Bien está. Sin embargo, no acierto a comprender (defecto mío, sin duda) por qué la novela es tan corta o tan descompensada. Es decir, por qué con tanto detalle se nos cuenta el arranque del proceso (la tentación y el logro del cambio de identidad) y, de pronto, acelera de un modo vertiginoso para enumerar tan sólo lo que le va ocurriendo a Moy en los últimos años. Me dio la impresión su lectura de una novela que se precipita en sus últimas páginas, como si quisiera terminar pronto o como si quisiera también participar del desplome de Moy y su vuelta a los orígenes: muy rápido en ambos casos. Manías de lector, ustedes sabrán disculpar.



La misma ciudad

LUISGÉ MARTÍN
ANAGRAMA, 2013
136 PÁGINAS

Sólo las mejores plumas hacen esto con la vida

Salvador Benesdra, argentino y autor de este monumento literario que es *El traductor*, puso fin a sus días en 1996, arrojándose al vacío desde un décimo piso. Tenía 44 años. Benesdra, políglota y psicólogo, goza del profundo dominio del lenguaje que permite desvelar procesos mentales sin que el lector crea asistir a un curso de psiquiatría. El control del detalle, el uso sabio de la ironía, el manejo del diálogo y el monólogo interior hacen de su prosa un vehículo mayor, e increíblemente liviano, para profundizar en la interdependencia entre seres humanos, entreverando sin compuertas las relaciones personales y el perpetuo conflicto social. *El traductor* arranca en 1990. La resaca de la caída del Muro conmueve las pocas convicciones intactas de un ex trotskista, Ricardo Zevi, que vive de verter al castellano la obra de un teórico reaccionario. En esas, y mientras en su editorial se incubaba el conflicto, se le aparece una joven adventista a la que, por reflejo inveterado, se empeña en conquistar. Ni se imaginan lo que se puede construir con esos moldes.



El traductor

SALVADOR BENESDRA
Prólogo de Elvio E. Gandolfo

Eterna Cadencia
672 páginas
26,50 euros

Frases como versículos que suenan a puñetazo

Con toda razón, los editores avisan ya en la contraportada: hay muchos motivos por los que este libro podría no gustarle. Sobre todo si forma usted en las legiones de quienes creen que una historia bien escrita es, necesariamente, una historia montada en largos periodos, resueltos sin falta, y adornada con profusión de adjetivos. A ser posible de las que pueden ser declamadas en voz alta con la retórica de un tribuno o la languidez de una damisela. O si piensa que paisajes y personajes exigen una recreación detallada, también trufada de adjetivos, que le permita verlos como si los tuviese al alcance de la mano. Bueno, pues lo siento, pero el norteamericano Sam Pink es un joven escritor del siglo XXI y ha decidido contar de otro modo la mierda de vida cotidiana de un individuo suburbial de Chicago. Con párrafos cortos, a veces muy cortos, más versículos que otra cosa, tan cortos como los flashes que componen la vida y el paisaje de su protagonista. Y el resultado es redondo, directo, como un puñetazo, casi inmejorable, cojonudo. Lo siento.



La dieta de los no hola

SAM PINK
Traducción de
Julio Fuertes Tarín

Alpha Decay
144 páginas
15,90 euros